

REPRESENTACIONES Y PRACTICAS CULTURALES EN LA EUROPA MODERNA. CONVERSACION CON ROGER CHARTIER *

MANUSCRITS.- Para empezar, ¿podría hacernos una valoración de la situación de la historia en el marco de las ciencias sociales? ¿cuáles son los retos actuales?

R. CHARTIER.- Creo que la historia ligada a las ciencias sociales ha tenido dos desafíos. En primer lugar, el desafío americano, que podríamos calificar como lingüístico o semiológico que conectaría con una tradición hermenéutica. Consiste en considerar que la significación está totalmente desligada de toda intención subjetiva y que la realidad social está constituida por el lenguaje, independientemente de toda realidad objetiva. Es decir, presupone una doble anulación: la de la intencionalidad de los sujetos en tanto que el lenguaje funciona de manera automática y la de toda realidad objetiva, ya que el mundo social no será sino una creación del lenguaje. Ante estas formulaciones estructuralistas o post-estructuralistas se puede recordar que hay que distinguir -como dice Bourdieu- la lógica que gobierna la producción del discurso y la lógica que gobierna las prácticas sociales. Yo creo que la debilidad fundamental de todas las teorías que intentan disolver las ciencias sociales en el interior de un paradigma lingüístico es la

* *R. CHARTIER es director de estudios de l'Ecole des Hautes Etudes des Sciences Sociales de París. Historiador de los mundos de difusión de la cultura , viene estudiando en sus últimas investigaciones la problemática de las prácticas culturales y sus representaciones sociales. De su inmensa producción bibliográfica en todos los idiomas sólo ha publicado, hasta el momento, en castellano El mundo como representación, Barcelona, Gedisa, 1992, algún capítulo de la Historia de la vida privada (dirig. por G. Duby), Taurus, y Hacer la historia (dirig. por J. Le Goff), Laia. Está a punto de publicar un nuevo libro en Alianza Editorial.*

confusión entre la lógica práctica y la lógica discursiva. El peligro de todas las fórmulas que quieren describir el mundo social como un texto y que utilizan metáforas e imágenes textuales para hablar de la realidad social es olvidar que el mundo social no está organizado según los principios de la producción de textos. El punto fundamental de respuesta a este desafío es comprender que los individuos se organizan en grupos sociales y perciben su historia en función de posiciones objetivas. La historia de la construcción, de la significación, de la producción y del sentido no se puede separar de las posiciones sociales objetivas.

El otro gran desafío que se ha desarrollado en la historia de Francia en los últimos tiempos, ha sido el retorno a la política que se ha ilustrado sobre todo con ocasión de los debates sobre la revolución francesa. Se trataría de poner el acento en la total libertad del sujeto, del individuo, en la autonomía de sus decisiones inspiradas en referencias de tradición neo o post-kantiana. Ello llevaría a dos conclusiones: de una parte considerar que es la política la instancia más significativa de la sociedad; de otra, la idea de que al primarse tanto la filosofía del sujeto libre, hay una descalificación del trabajo de las ciencias sociales. Yo creo que, contra estas tesis, se puede decir que las cosas son más complejas y sutiles, que hace falta la articulación entre las determinaciones de los espacios de posibilidad y las esferas de determinación interior, lo que sería la libertad de iniciativa, de decisión. Esto lo ha dejado bien claro Norbert Elías al considerar que la libertad del individuo no existe sino a través de su inscripción en el interior de cadenas interdependientes que constituyen el mundo social. La libertad no es un valor absoluto, sino el grado de autonomía posible para los individuos en el interior de las interdependencias en las que están inscritos. Desde este punto de vista, la libertad es un dato sociológicamente construido que no es lo mismo para el rey o para el campesino. Así se deben articular las obras, las prácticas, los pensamientos con las decisiones objetivas del mundo social. Hay que tener presente el pensamiento de Durkheim y el concepto de representación colectiva, generador de formas, de divisiones, oposiciones sociales; la relación dialéctica entre las divisiones sociales objetivas y su representación por unos individuos inscritos en la cadena de interdependencias, de representaciones colectivas mentales. Es decir, hay una invención de lo social por la representación mental al mismo tiempo que esta representación supone también la incorporación de realidades objetivas.

Los dos desafíos tienen aspectos contradictorios. El primero insiste en la impersonalidad, la automaticidad, la necesidad; el segundo en la libertad, en la autonomía de la decisión, pero tienen en común su rechazo a las ciencias sociales. Yo no creo que se pueda responder

simplemente repitiendo las nociones de una historia social tal como la construida por la tradición de la historia de *Annales*, sino replanteándose de modo diferente la articulación social. Para mí, el concepto de representación es diferente del utillaje tradicional de la historia de las mentalidades, ya que rompe con la idea de inercia de las mentalidades. El concepto de representación es poliédrico. Se puede entender como el conjunto de cadenas intelectuales y mentales determinantes en relación al mundo social y también en el sentido de la identidad social que se muestra, abre, se recibe o se rechaza -toda identidad social, como decía Pascal, debe tener una tradición visible-. La imagen es reelaborada por el grupo, la comunidad, la clase, las representaciones sociales. Dinámica y polémica, dos ideas que hay que atribuir al concepto de representación que puede ser un instrumento, no una respuesta, sino un instrumento para responder a estos desafíos contra las ciencias sociales.

MANUSCRITS.- ¿Cuáles son, a su juicio, las bases que deben presidir la relación de la historia con la antropología?

R. CHARTIER.- Hay dos figuras de esta relación entre la antropología y la historia. La primera, francesa, planteaba un monólogo en el sentido de que la antropología estructural -tal y como la ha desarrollado Levi-Strauss- estaba fundada sobre la recusación de la historia pues consideraba verdades fundamentales, invariantes para las que la historicidad no contaba. La segunda, es la antropología simbólica (Geertz) que para algún historiador aparece como vía de entrada de la descripción de las sociedades de Antiguo Régimen. A esta corriente se le puede criticar la hermenéutica, tal y como ha hecho Levi, pero yo creo que el peligro radicaba en querer reconstituir para el historiador una posición frente a los hechos, al ritual, al comportamiento, que destruía lo que en la trayectoria histórica está ligado a la práctica y al uso de los textos. Es el caso de Darnton -un buen amigo- y su estudio sobre la masacre de los gatos. El tenía la voluntad de ir directamente a la significación de este ritual inscribiendo esta masacre de gatos en un momento preciso en París, rue St. Severin en 1724, si mal no recuerdo, en el interior de toda la simbólica europea del gato, de la tradición folklórica y ritual, destruyendo el texto a través del cual esta masacre nos viene dada. La masacre la conocemos por el texto; es el hecho narrado lo que da sentido al texto. Hay una realidad a considerar antes de decir que la realidad es un texto; considerar las formas, las estructuras, las intenciones de los textos que nos dan acceso eventualmente a esta realidad. El peligro de esta lectura antropológica, a mi juicio, es la necesidad de constituir una posición de observación

para el historiador más cerca de una posición "field work" de *encuesta de campo*.

Así pues, hemos de rechazar de una parte la visión de los universales y las invariables de la antropología estructural y en el caso de la antropología simbólica, rechazar la metáfora del mundo como texto y preservar la especificidad del trabajo de historiador que es manejar, utilizar, descifrar un conjunto de textos y comprender hasta lo más serial o administrativo de los documentos como estando en una relación compleja con la realidad a la cual el texto nos da acceso.

Estas son mis dos respuestas de salida. Por lo demás, existen ejemplos de trabajos diferentes en la relación antropología e historia. De un lado, el libro reciente de Natan Wachtel, *La memoria de los antepasados*, que es un gran libro resultado de 20 años de trabajo. Constituye un trabajo complejo de historización estructural.

Otro ejemplo, es el trabajo de los antropólogos de la Francia tradicional, tales como Daniel Fabvre. Están metidos en una discusión respecto a si todas las formas rituales, folklóricas, discursivas, que pertenecen al mundo de la descripción etnológica están siempre referidas a condiciones históricas y sociológicas particulares o son resultado de la invención, de la utilización de la transmisión.

Volviendo a la discusión sobre la hermenéutica de Levi, yo soy más sensible al hecho de que los historiadores deben poder historizar las cuestiones de la hermenéutica como se analizan los problemas de la historia de la lectura. Paul Ricoeur en su libro *Temps et récit* demuestra que lo importante es comprender cómo se hace la articulación entre el mundo de los textos y el del lector. La cuestión fundamental del discurso hermenéutico es cómo el lector se ha transformado en su concepción del tiempo y se puede extender en su concepción del yo o de lo social en su relación con el texto. ¿Qué pasa en el encuentro entre la circulación de textos y el mundo del lector? Yo creo que esta cuestión hermenéutica en lugar de descalificarla, de considerarla sin importancia, se debe historizar y sociologizar considerando de un lado que el lector es siempre miembro de una comunidad y que esta comunidad obedece a un cierto número de determinaciones globales en el orden de lo sociológico, pero también determinaciones más particulares para comprender las prácticas de la lectura (competencia, capacidad, norma, convenciones, costumbres, prácticas, gestos...). En relación a los textos para un historiador hay la necesidad de historizar. El texto no es una abstracción, es siempre algo que se da a través de una materialidad de objeto, objeto escrito, que también se puede entender a través de una representación, una voz que habla, una representación de texto que da a entender el texto. Integra la

materialidad fundamental históricamente variable y las determinaciones socioculturales también históricamente variables.

Las cosas más importantes no pasaban forzosamente allí donde los historiadores creían que pasaban en función de la distribución desigual de los objetos, en las relaciones inmediatas entre posición social y mentalidad -sin negar su importancia- sino en estos procesos, relaciones que hacen que los individuos se proyecten sobre los textos, sobre textos que son siempre materialidades, pese a partir de su determinación, pensar, imaginar, soñar y protestar, desesperarse o esperar...

MANUSCRITS.- Uno de los problemas básicos que se plantea al historiador de la cultura es discernir el grado de libertad del autor, la dependencia del texto de su contexto, los mecanismos del mercado... ¿Cómo se conjuga la libertad del lector con las intenciones del texto?

R. CHARTIER.- Primer elemento: no hay contradicción en intentar descubrir el conjunto de dispositivos, medios, formas a través de las cuales una autoridad -cualquiera que sea- trata de fijar una significación, establecer un sentido, para que todos los confrontados al texto se conformen a este sentido impuesto en alguna medida, reglado, fijado. Esto nos lleva al estudio de las formas exteriores, administrativas o policiales de control de sentido: la policía, la represión, hasta las formas más textuales de este control, el conjunto de los dispositivos explícitos en un texto o mecanismos implícitos que imponen al lector una determinada posición en relación al texto. Hay, pues, diferentes medios por los cuales se trata de construir una autoridad sobre el sentido del texto. Existe una tensión perpetua y recurrente entre estas voluntades de imposición de sentido y esta pluralidad de interpretación. Contra los que consideran que es el historiador el que es capaz de hacer surgir el sentido único, estable, coherente que está en el interior de la obra, creo que hay que afirmar que no hay más que construcciones de significación y usos, reemplazos, reinscripciones de las obras, de los textos en el interior de los contextos, en el interior de las comunidades. A la inversa, contra los que defienden una historia de la absoluta libertad de apropiación creo que es necesario recordar que cada forma de apropiación, de comprensión, de interpretación está suscrita siempre, organizada a partir de un cierto número de condiciones, desde materiales o económicas a intelectuales y mentales, que son los utillajes a disposición para tener una relación con el texto. Hay una necesidad de analizar las condiciones de producción de las obras en el interior de un mundo social particular que define la posición del autor, los públicos,

las formas de comunicación cultural y al mismo tiempo tratar de comprender historizando la problemática de la hermenéutica de los contextos, de las situaciones extremadamente diferentes. Hay una relación posible entre las estructuras mismas de la obra de una parte y, de otra, los horizontes, las competencias, las esferas de las comunidades de lectores. Pero la otra parte de la cuestión es el problema un poco paradójico según el cual se podría articular la diferenciación social comprendida en las relaciones de dominación con el análisis de las formas. Tanto las obras maestras como la literatura de la "bibliothèque bleue" o la de pliegos, pertenecen a una multiplicidad de horizontes sociales. Los textos crecen, atraviesan el conjunto de la sociedad y son apropiados por lectores que tienen determinaciones extremadamente diferentes, pero en ambos casos lo que puede crear condiciones de accesibilidad y lo que puede crear público a las obras son las formas en las que son dados a leer o a entender. Refiriéndome a la "bibliothèque bleue", a los pliegos, lo que es popular no son los textos, son quizás los lectores, pero son en todo caso a través de las formas editoriales, como los textos que han circulado de otra manera antes para otros lectores menos numerosos y más elitistas, son dados a conocer. Lo cual es a la vez una cuestión económica (bajos costes, objetos distribuidos por el "colportage", accesibilidad a estos textos en aquella forma) y una cuestión intelectual por la estructura misma del objeto (la fragmentación del texto, la multiplicación de los paratextos, de los resúmenes, de los títulos de capítulos es una manera de hacer entrar en la lectura de los textos poblaciones de lectores que hubieran estado alejados de anteriores formas de publicación). En la forma hay una manera de inventar un público. Yo creo que contra una tradición que supone que el público está dividido en categoría estables, claramente distinguibles y se pueden distribuir las prácticas sociales en los espacios sociales que se han, previamente, definido, creo que contra esta propuesta, se pueden pensar las formas a través de las cuales las obras son dadas, crean o suprimen los públicos. Hay una invención de las delimitaciones del público por la dinámica de las formas de presentación de la obra. Son múltiples los casos de obras que nacen para otro público que el que las consume o les ha dado la fama. La forma no sólo tiene contenido social sino que es producto de lo social, determina el tipo de recepción del público. Si la iconología, la paleografía y la bibliografía, en el sentido anglosajón, tienen gran importancia, son fundamentales las disciplinas de la descripción de las formas, para introducir la dimensión de la comprensión de los efectos producidos por la forma del objeto escrito.

MANUSCRITS.- Ahora que tanto se pone el acento en la libre interpretación del texto, ¿qué margen le queda al lector de ruptura con las imposiciones del texto y del contexto?

R. CHARTIER.- Hay dos cosas a decir. Primero: el lector que está presente en sus formas es siempre un lector previsto, el lector implícito es el lector que está presente en la imaginación o la estrategia del autor o del librero-editor, el autor que da forma al texto, el librero-editor que da fama al texto que llegará a ser un objeto escrito convertido en texto. El problema fundamental desde el punto de vista del discurso o la historia social de la cultura es cómo este conjunto de formas textuales y materiales organizadas, estos dispositivos encuentran a lectores de carne y hueso, dotados de competencia, con capacidad de uso o de interés por los textos que puedan estar conformes o a gran distancia de las representaciones de lectores y de lectura que han fundado las estrategias de producción de la escritura o de producción editorial.

La segunda cosa que hay que decir es que para plantear que existe un interés por la historia de la lectura hay que plantear que la lectura no está ya en el texto (contra el estructuralismo y la crítica literaria). Hay que reconocer que hay en la lectura una capacidad de invención, de creación, de producción. No se puede mantener este viejo modelo de la producción de un lado y del consumo por otro. Como decía Michel de Certeau incluso en las situaciones con imposición por los mass-media de productos culturales, las peores situaciones de imposición y dominación de consumidores, los receptores, los lectores, los espectadores, son lo que los productores querían que fuesen, hay una capacidad de invención, de rodeo, de distancia, de juego jamás suprimible. Con mucha más razón en la sociedad del Antiguo Régimen donde la industria cultural no tenía la presencia o la fuerza de las industrias culturales en el mundo contemporáneo. No creo que esta capacidad, libertad de oposición sea total, absoluta, sino que hay determinaciones sociológicas y culturales que hacen que esta libertad esté inscrita en un conjunto de reglas, que vienen, ya del lado de la producción, de su pertenencia a una comunidad, de su propia competencia cultural. ¿Es que él sabe leer? ¿Si sabe leer cómo puede leer? ¿Qué puede leer? ¿Cuáles son las normas que organizan sus lecturas? ¿Cuáles son las convenciones que hacen que comprenda los textos a partir de un modelo que lee? El grado de autonomía de la lectura debe inscribirse en el marco de las obligaciones del objeto cultural y las de la comunidad social. El texto es libre, autónomo, inventivo pero al mismo tiempo esta libertad, esta creación, esta inventiva están regladas, organizadas, determinadas por un conjunto de

cráterios entre los que están la posición social y cultural del lector en el interior de una comunidad.

MANUSCRITS.- Nos gustaría que nos hablara de la variedad de lectores y lecturas posibles. ¿Puede hablarse de la producción social de los lectores?

R. CHARTIER.- A mi me gusta mucho la idea de la producción social del lector. Se puede considerar al lector en la acepción antigua, es decir, como letrado y eso nos lleva a una cuestión antes evocada: hay condiciones sociales de producción de este lector. Este lector está en el mundo de los textos a diferencia de todo un conjunto del mundo social que recibe los textos de manera mediatizada por palabras, las palabras del clero, del hombre de la ley, del Estado. Ello tiene que ver naturalmente con los problemas de dominación, de articulación entre lo popular y lo culto.

Pero el lector puede tener también un sentido más amplio, comprendiendo a los analfabetos. Estos, en las ciudades del Antiguo Régimen, pertenecen al mundo de los lectores ya que pueden recibir este mensaje textual por la mediación de la lectura en alta voz. Tampoco hay que minimizar el papel de las semi-alfabetizaciones, capacidades de descifrar un cierto tipo de textos y no otros. Es patente la participación de gran número de miembros de la sociedad del Antiguo Régimen en el mundo de la circulación de los textos.

Entre las dos acepciones de lectores hay una tercera definición que son los lectores específicos que se organizan a partir de una cierta representación del libro, a partir de las razones por las cuales se lee, a partir de las reglas que deben ser utilizadas cuando se lee, y a menudo, a partir de un texto que es el paradigma de todas las lecturas, la Biblia. La generalización de la lectura individual, personal o familiar de la Biblia sólo se produce, desde luego, en la segunda reforma, a finales del siglo XVII.

Hay, pues, tres niveles en la producción social de los lectores, del lector letrado separado de los que no lo son, del conjunto de una sociedad que tiene maneras diferentes de acceso al mundo del escrito y de las comunidades específicas que obedecen a reglas específicas en su relación con el escrito.

MANUSCRITS.- Quisiéramos saber su opinión sobre la trascendencia efectiva de la imprenta en el mundo del libro.

R. CHARTIER. - Yo creo que es importante tomar conciencia de que desde mediados del siglo XV a comienzos del siglo XIX no hay grandes cambios técnicos en la imprenta. Gutenberg estaría sorprendido de ver un taller tipográfico desde fines del XVIII en Francia ya que la tecnología en su proceso no habría cambiado fundamentalmente y continuaría, por otra parte, el dominio del capital mercantil en el libro.

Ello no puede hacer pensar en una historia inmóvil. Se ha podido ver en el financiamiento una importancia creciente de la inversión capitalista en la edición con relación a formas de financiamiento precedentes más ligadas al patronazgo y a las formas clásicas de protección y clientelismo. De hecho, hasta el siglo XVIII esta forma de clientelismo no desaparecería y los editores más audaces buscaron los privilegios, la protección del Estado al mismo tiempo que atendían al mercado. Las dos lógicas del mecenazgo y del capitalismo se articularon.

En cuanto a la técnica, hay una estabilidad, pero también innovaciones en la organización del trabajo en el taller con el paso hacia 1570 hacia la producción continua. Es un cambio importante en la organización del trabajo del taller. Darnton, para la sociedad tipográfica de Neuchâtel a fines del XVIII, ha demostrado que también hubo transformaciones en la práctica de la composición. Había a la vez el trabajo de composición ordinario que está hecho por los obreros compositores y luego hay un obrero responsable de la forma definitiva, de los títulos, de la compaginación y que organiza por encima de los compositores ordinarios esta verificación y terminación del trabajo. También hay transformaciones en las formas de distribución en la Inglaterra del siglo XVIII con el aumento de la red de librerías lo que haría retroceder la venta por "colportage" y la multiplicación en los periódicos de los anuncios de libros que haría desaparecer el papel de los catálogos impresos. Hay, pues, transformaciones en la financiación, en la organización del trabajo de taller, del modo de distribuir en este Antiguo Régimen tipográfico. Con esta noción de Antiguo Régimen tipográfico quiero establecer un gran corte en la larga historia de la producción, sobre todo de la reproducción de texto, pero ello no quiere decir que niegue que ha habido en el interior de estos tres siglos mutaciones importantes en las prácticas de la edición o de la impresión ni que crea que la tecnología determine la cultura. Es el mercado, la demanda, la llegada a la lectura con la llegada al mundo de los escritos del lectorado femenino, infantil, popular, obrero... lo que precede a las innovaciones técnicas fundamentales, a la industrialización de la composición.

MANUSCRITS.- ¿Cuál es el papel de la ciudad como motor de la aculturación?

R. CHARTIER.- Si bien inicialmente la imprenta se crea en función de la protección real o eclesiástica que recibe, muy pronto se producirá el ajuste entre ciudad e imprenta y los grandes talleres tipográficos se sitúan en las ciudades grandes o medias de la Europa Moderna. La ciudad del Antiguo Régimen es un universo en el cual los textos son presentes, visibles. Hay una gran diferencia con el mundo rural en el que el texto no está presente más que bajo la forma del manuscrito, controlado por el clero o por el notario. El "colportage" de libros es fundamentalmente un hecho urbano. La diferencia entre librero y "colporteur" está ligada a la naturaleza de los objetos escritos e impresos difundidos. Los "colporteurs" difunden objetos definidos estrictamente por reglamentaciones (deben corresponder a tal o cual género, no deben sobrepasar tantas páginas...) No es más que progresivamente, al menos en Francia (primero el N., luego el NE. y después el Midi) que el "colportage" va a difundir el libro impreso. Hay por otra parte una disociación total entre la lengua vernácula y la lengua del escrito, del impreso popular. No hay "bibliothèque bleue" en lengua regional. Hay, en conclusión, una diferencia en la familiaridad con la cultura escrita; en un caso, la ciudad está formada por imprentas visibles, en el caso del campo está formado por manuscritos raros, escondidos o secretos con el control del notario o del clérigo, que son los capaces de descifrar o de producir.

Si se admite que el escrito, la relación con el escrito es una manera de constituir el yo, la independencia del sujeto y si se admite también que los reformadores habían pensado el escrito como una manera de redefinir la relación con lo sagrado, es evidente que es en la ciudad donde el escrito encuentra su espacio propio, pues es en el mundo urbano donde se produce la invención de las formas mentales, religiosas, intelectuales, propiamente ciudadanas.

Daniel Fabvre ha demostrado que el libro para el mundo rural, en el Pirineo hispano-francés a fines del siglo XVIII y hasta épocas recientes, es el libro de los secretos, el de la magia que da poderes pero que es al mismo tiempo peligroso, puede ser destructor.

MANUSCRITS.- Por último, nos gustaría que nos hablara de la escuela de *Annales*.

R. CHARTIER.- Yo estoy obligado a romper dos juramentos: no hablar de *Annales* y no hablar de la *Nouvelle Histoire*. Empezando

por la *Nouvelle Histoire*, yo creo que no fue buena idea ponerle ese nombre que es muy antiguo ya que el primer libro que se llama *New History* es un libro americano de comienzos del siglo XX. Pienso que el término no tiene otra significación que la de describir un cierto número de nuevos objetos de estudio que de alguna manera eran propios de la historiografía francesa. En este sentido, se puede admitir nuestro término en relación a una antigua historia "événementielle", biográfica y política, si se considera que no es el equivalente del nacimiento de *Annales* y que no es específicamente francés. Es difícil, por otra parte, hablar de este tema sin caer en la leyenda dorada o la leyenda negra.

Para ir más directamente a la respuesta, diré que la organización de los espacios intelectuales, de convergencia de las maneras de trabajar, a mi juicio no tiene mucho que ver, en la historia actual, con las tradiciones historiográficas nacionales, por más que el nacimiento de *Annales*, protagonizado por historiadores franceses, sea conocido como francés por el extranjero. Los espacios de trabajo no se articulan con tradiciones nacionales. Desde un punto de vista de trabajo, de pensamiento o de orientación ya podría tener muchas más cosas en común con historiadores no franceses que no pertenecen a *Annales* que con un cierto número de colegas franceses que en sus objetos de estudio, su manera de trabajar, sus referencias conceptuales estarían completamente lejos de mí. Existe, ciertamente, una revista con gran peso histórico y que puede tener un papel fundamental sobre todo si abre cuestiones, debates como ha tratado de hacer la redacción de *Annales* en sus últimos años; existe no una escuela sino una tradición de referencia pero que no es un patrimonio únicamente francés; queda, naturalmente, una manera de hacer la historia, de pensar la historia en la ciudad, de ver la historia cargada de un papel yo diría político pero no en un sentido político inmediato o partidista sino en el sentido de concebir que el trabajo histórico pertenece a una esfera de la responsabilidad cívica, que la historia tiene una función social, política, intelectual, en el mundo en el que ella se produce.

Braudel ha sido, sin duda, la última representación de una concepción de lo que era una escuela histórica siendo su persona garante y referencia para esta escuela histórica, dando imagen de unidad y homogeneidad. Después de Braudel esta realidad ya no existe y lo que existe es la reorganización de la tradición intelectual y ello llevará a los historiadores franceses una más razonable modestia, de pensar que pertenecen a una nueva "commonwealth" del saber. Ni leyenda negra ni leyenda dorada. Yo creo que ya no puede haber escuela de *Annales*, sino una muy fuerte tradición de *Annales*.

JAVIER BURGOS RINCON

Universidad de Girona.

RICARDO GARCIA CARCEL

Universidad Autónoma de Barcelona.

MANUEL PEÑA DIAZ

Universidad Autónoma de Barcelona.

Traducción de Martine Petit Gresse.